

CAPITULO V.

CORRESPONDENCIA.

Desolaciones.—Risas y lágrimas.—El buen sacerdote.—Vos sois bienaventurada! La gloria de los sufrimientos.—Las alegrías de la meditación.—Comunión y dicha.—Aun cuando no fuese mas que una Ave María!

A pesar de esto, no vayamos á creer que Liduvina hubiese llegado ya, y menos aún que hubiese llegado sin pena y sin combate á una perfección serena y sin nublado. Los santos no son de otra naturaleza que la nuestra, y Dios sea por ello alabado! pues si nos apareciesen siempre como seres sobrehumanos extraños á todas nuestras debilidades: y si no los viésemos mas que en el deslumbrante y lejano esplendor de una santidad consumada, desde luego quién sin sentirse anonadado, querría detenerse sólo en el pensamiento de elevarse hasta ellos! Nosotros necesitamos pues mirarlos de cerca, y contemplarlos marchando por nuestro mismo sendero, con nuestras mismas miserias y nuestros mismos desfallecimientos; y entonces, al ver sus luchas, al oír sus gemidos, y al tocar sus llagas, santamente entusiasmados nos decimos. «Nosotros también caminamos con ellos! Su debilidad entonces forma nuestra fortaleza; y sus imperfecciones nos alientan á imitar sus virtudes. Lidúvina pagó también su tributo á la humanidad. Al principio de sus pruebas le costó excesivo trabajo dominarse, y mas de una vez su paciencia se desmintió. Algunas veces sufría unos fuertes accesos de tristeza y desa-

liento, y sentía crueles desolaciones. Un dia, por ejemplo, desde su lecho oyó ruido de risas en el exterior, pues unas jóvenes casi en su puerta se entregaban á una ruidosa alegría, que le hizo mal, pues la imaginación le representó inmediatamente el doloroso estado en que ella se hallaba. «Ah! díjose á sí misma, para mí no hay diversiones ni gozosas risas! para mí no hay esperanza de curación! Mañana, y pasado mañana, siempre durará mi padecer hasta el sepulcro! y el aislamiento y el olvido sobre todo! Y se puso á llorar con tal abundancia y amargura que partía el corazón; y otras muchas veces se puso á llorar del mismo modo.

Esas desolaciones duraron los cuatro primeros años de su enfermedad. Sin duda cuando se renovaban acudirían cerca de ella su padre ó su anciana madre que con toda la ternura de su corazón ensayaban consolarla; otras veces venían algunas de sus amigas menos olvidadizas y más caritativas, ó algunos vecinos y parientes y le decían cuanto podían para alentarla y hacerle olvidar sus dolores; mas nadie lo podía conseguir. Muchas veces lejos de aliviarla los consuelos le eran pesados, porque los puramente humanos no pueden curar ni aliviar nuestros males. Liduvina se afligía siempre, y muchas veces se le oía en la fuerza de su angustia mezclar con los sollozos las quejas más lamentables. «Dios mio! exclamaba con acento desgarrador: Dios mio; ¿por qué no teneis compasión de mí? Mis dias y mis años son puros lamentos: mi vida no es mas que una horrorosa muerte que se prolonga! esto es ya mucho padecer, y soy muy desgraciada! Quién es castigado y humillado como yo! Dios mio! poned fin á vuestros rigores, ó á lo menos por qué no me ayudais?

Esos cuatro años fueron harto difíciles, pues eran como el ensaye del martirio, ó el noviciado del dolor!

Mas el dia de las verdaderas consolaciones estaba cerca; Liduvina iba en fin á escuchar la palabra que embalsama todos los sufrimientos y los hace suaves y gloriosos; iba á unirse á Dios sólo, con Dios toda entera y sin reserva, mas con una unión tan estrecha como no la había conocido hasta entonces; desde ahora Dios iba á hablarle al corazón y con santas y sobreadundantes delicias, se disponía á recompensar á su fiel y amada sierva.

Un dia vino un sacerdote á visitar á Liduvina, y este santo eclesiástico, era uno de esos sacerdotes animados del espíritu de Dios á quien una tierna caridad abraza y á quien las lágrimas y la desgracia atraen, como se dice que los cantos lastimeros atraen á ciertas aves del cielo, una de esas almas que Dios saca de sus tesoros y que parece haber formado de los esplendores de su bondad para darles la más dulce y gloriosa de las misiones sobre la tierra: la de consolar!

En presencia de Liduvina, y á la primera ojeada el hombre de Dios profundamente compadecido, había sondeado la inmensidad de su infortunio; mas lleno de experiencia, también había comprendido lo que faltaba á esta alma escogida, y lo que podía realzar su belleza: "Hija mia, le dijo con paternal dulzura, vuestros males son inauditos; todos ciertamente os compadecen y se contristan al veros; mas ¿sabéis lo que yo pienso?—Vos, padre mio? respondió Liduvina asombrada, vos que sois bueno sin duda como todos, pensais que tengo mucho porque compadecerme!—Pues bien! desengañaos, le dijo, yo estoy lejos de hablar y de pensar como el mundo, yo pienso, al contrario que sois bienaventurada!—Cómo, exclamó Liduvi-

na, presa de una visible emoción: yo bienaventurada! yo clavada en este lecho y para siempre quebrantada por el dolor en todos mis miembros!—Sí, vos, vos misma! Ah! sin duda, hija mia, yo más que nadie compadezco vuestros crueles sufrimientos! Mas veo en vos el alma cristiana, á la amante y á la esposa de Jesucristo; y he aquí por qué, cuanto más horribles son vuestros males más me creo con derecho para deciros que sois bienaventurada! Ah! sí, vos lo sabéis! el padecer cristianamente, hija mia, es el cristianismo, es el Evangelio entero: porque ésta es la fé que adora, es la esperanza que espera y se regocija, éste es el amor que se inmola! O más bien, éste es Jesucristo mismo que viene á vos, que os toma, y os pone en una cruz para que le seais semejante, y queriendo hacer resplandecer en vos todas las magnificencias del alma, os perfecciona en alguna manera por el dolor, como el artífice perfecciona con el cincel la obra maestra que ha soñado su génio. Por el sufrimiento os purifica de las menores manchas del pasado, protege y glorifica lo presente y lo venidero, y os dá como un nuevo bautismo de inocencia, adornando vuestra frente con todas las glorias de la virtud y abriéndoos las puertas del cielo!

Ah! padre mio! dijo Liduvina, ya lo comprendo: tenéis razón al llamarme bienaventurada; mas el sufrir no es bastante, como lo habeis dicho, sino que es necesario sufrir cristianamente, sufrir con sumisión y con paciencia, y aun padecer con amor; y lo que me desconsuela, es que no puedo lograrlo!

Entonces el santo sacerdote habló de la pasión del divino Maestro, y se expresó con su fé y su corazón, haciendo resaltar sus inefables ejemplos, y sus lecciones sublimes, concluyendo en el blanco que había que-

rído tocar para recomendar su frecuente meditación: Liduvina, le dijo, he aquí lo que necesitáis, he aquí lo que os hace falta, si quereis llegar á la paciencia y glorificar vuestros dolores, medita la adorable pasión de Jesús: medítadla muchas veces, y aun casi sin cesar, y éste será el medio todopoderoso para alcanzar la perfección en el padecer.

Después de esta conversación, Liduvina se sintió más alentada, y se dedicó á la meditación. Mas cuál no fué su decepción! este ejercicio que tanto le habían alabado parecióle insípido y casi imposible, y por despecho á poco tiempo lo dejó. En cambio volvió á sus lamentos y á sus quejas; sus lágrimas volvieron á correr; dichosamente el piadoso sacerdote no tardó en volver. «Y bien, le dijo, mi remedio ha producido su efecto?»—No, padre mio, respondió con franqueza. Es tal vez cosa muy buena la meditación para los que saben hacerla, en cuanto á mí no entiendo nada de ella. Quiero ocuparme de los padecimientos de Jesucristo y vuelvo siempre á meditar los míos, y los encuentro tan insoportables, que los de mi buen Maestro me mueven muy poco.—Y así, replicó vivamente el sacerdote, vos vais á primera vista á dejaros abatir? Mas no sabeis acaso que no hay aquí en la tierra ninguna empresa que no cueste pena ni dificultad de la cual no triunfe una constante voluntad? No es necesario quebrar la corteza antes de comer el fruto? Acaso al primer golpe de la vara hizo Moises salir el agua de la roca?—Mas, padre mio, añadió la pobre enferma: ¿cómo pues quereis vos que yo proceda? Me será posible meditar entre los tormentos que sufro, y con las lágrimas que me arrancan incesantemente esos tormentos?—«Sí Liduvina, sí, os lo digo! ensayadlo, perseverad, y os lo aseguro, que bien pronto vuestras lá-

grimas se secarán, y contemplando los dolores de Jesús, no sentireis más los vuestros! no echareis menos lo que llorais tan amargamente, la salud, la juventud y la hermosura, todos esos goces de la vida que se han volado para hacer lugar al sufrimiento! no apreciareis ni amareis entonces mas que á Jesús crucificado!

«Ah! cuando le viéreis tan pobre, él á quien le pertenecen los cielos y la tierra, sin amigos, sin honores y sin consuelo, abandonado y ultrajado; tan pobre que sólo tiene un madero por lecho de muerte, y sólo hiel para endulzar su agonía, ¿podreis vos contristaros por vuestros abandonos y vuestras privaciones? Hija mia, Jesús que es la eterna hermosura, tan bueno y tan amable, cuando le viéreis cubierto de horribles llagas, la frente desgarrada con una corona de espinas, los ojos apagados con la sangre, los labios acardenalados, el pecho abierto, los pies y las manos como preso del dolor con enormes clavos, cuando le viéreis obedeciendo no solamente á Dios su Padre que le oprime, mas á los jueces inicuos que le condenan, á los soldados que le mofan, á los verdugos que le torturan, al pueblo que le maldice, obedeciendo bajo el azote, la púrpura, las bofetadas y las salivas, sin resistencia, sin murmuración, sin quejas, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz ah! ¿nada os dirá Jesús en este estado? al verlo así no os sentireis conmovido? no comenzareis á olvidaros á vos misma?»

«Y sobre todo, Liduvina, cuando habreis comprendido por la meditación la palabra que explica esos tormentos, esa muerte, la palabra inefable: Yo os amo! Cuando habreis oído que el Salvador desde la cruz os dice al corazón: «Mírame á mí, tu Dios, yo el eterno, heme aquí delante de tí agonizante y espirando por

“tí, tan sólo porque te amo!” Ah creéis que vuestro corazón resistirá á tanto amor? Vos, Liduvina, amareis á Jesús con toda vuestra alma, y entonces en él y por él, como San Pablo y como todos los santos, amareis vuestras enfermedades, vuestras llagas y todos vuestros padecimientos, y encontrareis la gloria y la felicidad en el padecer. Así, os lo repito otra vez, medita!”

Desde ese día Liduvina se mostró seriamente generosa, y la cruz fué su libro á todas horas, y el calvario su escuela de cada día. Así, muy pronto aprendió de Jesús el alfabeto de la ciencia de los santos. Llegó el tiempo pascual: una mañana su pobre alcoba se revistió del aire de fiesta. El buen sacerdote iba á volver, mas esta vez no venia sólo, sino que Dios venia con él! Todos estaban de rodillas, y la virgen crucificada adoraba con fervor. Cuando el Salvador entró, le dijo el sacerdote con indecible emoción, mostrándole en sus manos la blanca y divina Hostia: “Liduvina, hasta ahora sólo os he hablado de los dolores y del amor del buen Maestro, mas hoy y en este instante él mismo en persona viene á enseñaros. Es el que tanto ha padecido y amado, el crucificado del amor, y es quien viene ahora á visitaros, á consolaros en vuestro lecho de angustia, y á amaros hasta unirse con vos. Ah! abridle bien vuestra alma, escuchad bien la voz de su amor, y él os dirá que si permanecéis y morís con él y como él en la cruz, muy pronto como él y con él resucitareis para la gloria!” Y al punto el sacerdote dióle la adorable Hostia. ¿Qué había pasado entonces? qué había dicho Jesús al corazón de la virgen? porque Liduvina al mismo instante había prorumpido en sollozos; lloró y casi no hizo mas que llorar por muchos dias. Dichosa crucificada! esta vez lloraba de amor y de felicidad!

Cumplido estaba, la gracia había triunfado; Liduvina se hizo en poco tiempo una amante apasionada de Dios en la cruz. De día y de noche, á todo instante no veía mas que á Jesús. El día pasaba pronto; las noches no le eran bastante largas, y tantas delicias así encontraba en ocuparse de su crucificado Jesús; cumplido estaba, no mas desolaciones ni quejas. Su estado, es cierto iba empeorando: la corrupción y los gusanos, y los tormentos se multiplicaban. . . . mas qué le importaba? ó mas bien, á la corrupción, á los tormentos y á los gusanos llamábalos su alegría, y llegaba hasta pedirle á Dios que se multiplicasen todavía más!

No quisiérais ser curada? le preguntaban—Nó, nó, respondía siempre; aunque no fuese necesario sino una Ave María para obtener este milagro, me guardaría bien de rezarla con este fin. Ah! nó, el no padecer con mi Jesús, me sería el más duro penar!

Dios sea bendito! Los dolores de la tierra, así como las olas del océano, pierden su amargura á medida que van subiendo hacia el cielo!

CAPITULO VI.

ESTADO SOBRENATURAL.

Los sufrimientos se multiplican.—La Princesa Margarita viene con su médico.—Liduvina no come, ni bebe, ni duerme.—Existencia maravillosa.—Se hacen informaciones unas tras otras.—Unos soldados hacen guardia al derredor del lecho de la virgen.—¿Queréis hacernos creer que vivís sin comer?—Proceso verbal.

UNA vez entrada en este admirable camino, Liduvina avanzó á grandes pasos hacia la perfección. La hu-

mildad, la dulzura, la abnegación, la piedad y todas las virtudes, venían, por decirlo así á agruparse al redor de su angelical paciencia como atraídas por ella, y Dios parecía complacerse en multiplicar en su sierva aquellos padecimientos tan gloriosamente fecundos. Entre tanto, el estado de Liduvina se hacía más y más horroroso. Ningún remedio podía ya destruir los gusanos que la devoraban viva, la putrefacción había hecho tales extragos, que había sido precisa la aplicación de una almohada de lana sobre el vientre á fin de impedir que las entrañas brotasen hacia afuera. Cuando querían moverla necesitaban ligarla con vendas, sobre todo en las espaldas por temor de que su cuerpo se hiciese pedazos. Viendo tantos males sus padres acudieron de nuevo á los recursos de la ciencia, llamando nada menos que al médico de Margarita de Holanda. Esta Princesa deseaba ver á Liduvina, de quien la voz pública refería cosas tan asombrosas. Vino, pues, un día á Squidam trayendo consigo á su Doctor; pero todo fué en vano, porque el habil práctico conociendo que la gangrena estaba en el interior, hizo una ancha incisión, puso fuera todos los intestinos, y separando lo que estaba corrompido, volvió á colocar en su lugar el resto, y declaró á sus cofrades presentes, que al hacer la operación había conocido que los gusanos se formaban en la espina dorsal, añadiendo que nuevas enfermedades iban á venir, y que la paciente se vería muy pronto en absoluta imposibilidad de tomar ningún alimento. Mas allí se detuvo su ciencia, y dejó á la pobre crucificada, muy edificando de su virtud y desolado de su impotencia para curarla.

Varios médicos se presentaban sin ser llamados, la mayor parte con el fin de estudiar tan extraña com-

plicación de males, y algunos con la ingenua persuasión de que conseguirían el curarla. Bien que Liduvina supiese que su estado de sufrimiento era el camino por el cual agradaba á Dios conducirla al cielo, y que todos los remedios serían inútiles, no obstante prestábase á sus experiencias por espíritu de humildad y tierna caridad, no queriendo ni contristar á los que le manifestaban interés, ni escandalizar á nadie pareciendo presuntuosa en contar con una curación por milagro; mas el hecho es que todos esos médicos las más veces no lograban con sus tentativas, mas que multiplicar sus dolores y acrisolar su paciencia.

Como quiera que sea, el mal iba progresando, la fiebre tan violenta que padecía, había tomado un carácter bien extraño, pues unas veces se anunciaba por un frío glacial seguido de intolerables ardores; otras, un frío convulsivo seguía á ese devorante calor, y á todos esos males se añadía una hidropesía excesivamente grave y que no debía cesar jamás: con respecto á los alimentos pronto se realizaron las predicciones del médico de Margarita. Desde el principio de su enfermedad, Liduvina no había podido tomar mas que un poco de manzana cocida y desecada; algunas veces con mucha dificultad tomaba un bocado de pan mojado en leche—más tarde solamente un poco de azúcar ó canela,—y bien pronto ninguna otra cosa más que unos tragos de agua ligeramente envinada, más al presente fué imposible volver á tomar ningún alimento por el resto de sus días, pues durante los últimos veinte años de su vida no probó absolutamente ninguna comida ni bebida.

Lo mismo sucedió con el sueño, pues no pudo volver á dormir más, aunque es cierto que por algún tiempo tuvo que luchar contra imperiosas tendencias

cada vez que quería hacer oración ó unirse al divino sacrificio; sentía adormecimiento pero no era mas que un lazo del tentador para turbarla. «Dormid, le había dicho su prudente confesor, dormid sin resistencia cuantas veces sintiéreis sueño; dejad entonces vuestros ejercicios espirituales, y después continuadlos:» el sueño no volvió más, pues en treinta años no durmió el espacio de tres noches, y en el mismo tiempo comió lo que hubiera apenas bastado para alimentar á un hombre por tres dias.

Así debía prolongarse desde entonces esta vida extraordinaria—en el dolor, el insomnio y la abstinencia total de alimentos, notando que á esta abstinencia se juntaban los accidentes de que hemos hablado. Los vómitos y la pérdida de la sangre eran continuos; los gusanos se alimentaban siempre de esta carne que nada alimentaba, y la putrefacción no cesaba de hacer extragos. Esta putrefacción era muy rara, porque de todas esas llagas y corrupción no salía mal olor ninguno, como lo dicen los historiadores, sino un aroma muy agradable.

Mas detengámonos un instante, porque llegamos á unos hechos maravillosos de un orden superior, y fuera de las leyes ordinarias; vamos á hablar de unos hechos sobrenaturales que á veces encuentran la vacilación y la duda, la sonrisa y tal vez el desden burlador de la incredulidad. Cuando decimos; esa mujer que veis allí postrada en ese lecho no come, y sin embargo vive! veinte años ha que se abstiene totalmente de alimentos, y no obstante cada dia experimenta enormes pérdidas de sangre y padece una horrorosa hidropesía, entonces no faltará quien exclame: «Cómo creer en tal abstinencia y en semejante vida? cuanto nos decís acerca de esto es absolutamente imposible,

y además, es ridículo y absurdo.» Muy bien, convenimos en que lo dicho sería imposible y absurdo, á no ser sobrenatural; no podemos menos de decir, y todos dirán con nosotros: «una de dos: ó esto es una impostura ó es un milagro; no hay término medio.» Mas para averiguarlo quedémonos al pie de ese lecho, y la verdad va á aparecer ante unas sencillas reflexiones: Los hechos de que se trata son posibles? son reales? En primer lugar, esta abstinencia y esta vida, es decir, los hechos extraordinarios que nos ocupan, son posibles? ó en otros términos: ¿puede Dios hacerlos? Y bien se vé que sentar así la cuestión es ya resolverla, porque ¿quién se atrevería á poner en duda ó á poner límites al poder de Dios? ¿No es su Majestad quien hace salir de las profundidades de la nada y con una sola palabra, torrentes de vida? ¿No es él quien ha creado como en un juego la tierra y los cielos? ¿Y le sería más difícil el conservar una existencia sin alimentos, que el producirla en creándola, es decir haciéndolas de nada? ¿No sería Dios libre para suspender por un momento en los dias fijados en los eternos designios de su sabiduría, las leyes que ha establecido para la vida ó la muerte, y que habría podido á su voluntad reemplazar por otras extremamente opuestas?

El simple buen sentido así lo proclama; pues Dios muy bien puede hacer las cosas inauditas de que hablamos; porque es todopoderoso, y lo quiere algunas veces, porque es bueno, y porque su bondad, para más movernos, le solicita á manifestarse de tiempo en tiempo de un modo tanto más sorprendente cuanto más inusitado. Réstanos pues, solamente comprobar tales hechos.

También, en segundo lugar, esos hechos extraordi-

narios que hemos referido, y que ya reconocemos son posibles, son acaso ciertos? son auténticos? esta es la cuestión; y en seguida notemos, que una impostura nunca es gratuita, no se urde sino en vista de un interés cualquiera. ¿Más qué interés puede sospecharse en la afirmación de una abstinencia total? qué provecho sacar de ello? Ni gloria ni fortuna ciertamente. Extraño medio sería este para llegar á un fin mucho más extraño, sobre todo en una niña cándida é inocente! A esta niña y á sus padres los vemos vivir y morir en la miseria, siempre contentos con su suerte, sin pedir nunca nada, recibiendo poco y dando mucho. Esta pobre niña, busca tan poco la reputación ó el esplendor, que los aplausos le causan temor, y ocultando cuanto puede los prodigios con que Dios la honra, nunca parece tan dichosa como cuando le asaltan los desprecios; y en verdad sus deseos se cumplen, y encuentra más humillaciones que alabanzas, y más que gloria vituperios.

Por otra parte, no bastaba el pretestar la impostura, sino que era necesario sobre todo hacerla pasar, era preciso engañar el día de hoy, el de mañana, y todos los días, durante quince ó veinte años, y á toda clase de personas, lo que no era fácil, sobre todo en cosa tan visible como el comer y el beber. No vayamos á creer en efecto que entonces más que hoy estuviesen las gentes dispuestas á aceptarlo todo sobre la palabra, y sin examinarlo. Entonces como ahora, y como siempre, se observaba, se vigilaba y se reflexionaba; entonces se hizo tanto, y puede ser que aun más de lo que ahora haríamos para tener irrecusables garantías de seguridad y para obtener la mayor certidumbre posible. Sí; sin duda venían muchos á visitar á la admirable enferma con sentimientos de reli-

giosa veneración; más también llegarían no pocos con desconfianza. Si en su aposento se reunían cristianos piadosos, con almas santas y creyentes; pero también al rededor de su lecho no faltaban curiosos, sabios, incrédulos y aún impíos. Sería difícil imaginar con qué hábil malignidad la pobre joven era entonces espiada, interrogada y escudriñada en todos sentidos, lo cual le era un verdadero suplicio, añadido á todos los otros. Mas resignada en esto como en todo, la virgen dejaba hacer y respondía humildemente, juntando cuando era necesario á sus respuestas reflexiones como estas: "Vosotros os admiráis de que no comiendo pierda tanta sangre; más decidme, ya que sois sabios: ¿cómo es que la viña en la primavera sobreabunda de savia, cuando en los días del invierno parecía muerta y desecada? por lo demás añadía, el que creais ó no creais que yo viva sin comer, es cosa de muy poca importancia, con tal que creais que no hay nada en ello que supere al poder de Dios. ¿Qué interés puedo yo tener en afirmar que no cómo? el comer no es un pecado, ni el no comer es honor ó gloria. Yo no puedo negarlo, porque es muy cierto, que Dios me hace vivir sin comer; pero gustosa me abstendría de decirlo si no me lo preguntasen." Mas á pesar de estas respuestas, las preguntas, las investigaciones y las desconfianzas continuaban.

Venían sobre todo, muchos médicos atraídos por el deseo de ver y estudiar: veían en efecto y estudiaban, y después de un examen severo, desconfiado y minucioso tal cual hombres prevenidos podían hacerlo á nombre de la ciencia y del buen sentido, todos se iban siempre confesándose vencidos, y publicando que no podían dar á los hechos que su análisis había averiguado, más que una explicación sobrenatural.

Otros hicieron todavía más. En 1425, Felipe duque

de Borgoña había entrado á la Holanda á la cabeza de un poderoso ejército para sostener sus derechos á la posesión de este principado: al pasar por Squidam dejó en esta ciudad algunas tropas de guarnición: el comandante no tardó en oír hablar de Liduvina; era un oficial francés de alta distinción, hombre recto, enemigo jurado de todo engaño, y tan severo como valiente y cristiano. Los prodigios que le dijeron picaron vivamente su curiosidad; y la idea, sobre todo, de que esta virgen vivía sin comer llamó mucho su atención, y queriendo asegurarse del hecho, como militar acostumbrado á llegar al fin prontamente, desde luego formó su plan, escogió seis de sus mejores soldados, hombres de su confianza, dándoles una consigna detallada y enseñándoles la casa de Liduvina. Estos soldados se presentaron allí como para protegerla, porque la santa ya había sido ultrajada después de la guerra; mas en realidad su misión secreta y esencial era el observar y vigilar á la enferma sin dejar que nadie se le acercase, é impidiendo que llegase á ella ninguna clase de alimento, de dia y de noche, viéndola sin cesar. El resultado desde luego sería inevitable: ó el milagro quedaría comprobado, ó la joven forzosamente tendría que confesar su engaño. Mas entonces, pobre de ella! pues un castigo terrible le estaba reservado!

Los soldados llegan pues á casa de Liduvina, comenzando por significar á sus parientes, que tenían que desocupar la casa inmediatamente y hasta nueva orden; después hacen por toda la habitación una pesquisa minuciosa, examinando los muebles, la vajilla, los rincones y escondrijos, sin que nada escapase á sus miradas; y hecho esto, todos seis vienen á instalarse en el aposento de la paciente, y vedlos allí haciendo centinela al rededor de aquel pobre lecho.

Una sola mujer estaba autorizada para penetrar algunas veces en la casa y aproximarse á la enferma con el fin de darle los mas indispensables cuidados: mas nunca sin ser previamente registrada con escrupulosa atención, ni sin ser seguida hasta el partir por todas las miradas y hasta en sus mas ligeros movimientos. Singular espectáculo! unos soldados armados haciendo guardia para vigilar á una pobre niña estendida en un lecho, y parálitica de todos sus miembros! Así transcurrieron nueve dias y otras tantas noches, hasta que al fin pidieron gracia los mismos soldados! la prueba había sido bastante larga, ya habían visto una santa, habían tocado como con el dedo un milagro de Dios! Y saludando á Liduvina como se saluda á los ángeles, la suplicaban que orase por ellos, como se les suplica á los escogidos del Cielo, y se fueron á contar por todas partes las maravillas de que habían sido testigos. El honor y el valor rendian así las armas ante la verdad y la virtud!

Tal información debía ser bastante, mas no lo fué; hacíase otra información activa y permanente, que es la peor de todas, la de la curiosidad del vecindario, que en la ciudad como en la aldea, una vez despertada, quiere ser totalmente satisfecha, y que para llegar á saber se levanta temprano y se acuesta bien tarde; que va y viene, y corretea, y espía, y mira, y escucha, y habla, y hace hablar, y afirma insidiosamente el mal como si estuviese de él convencida. «Oh! decían muchas veces las vecinas á la pobre crucificada: vos estais aparentando que vivís sin comer; pero nó, no nos engañais, que bien sabemos lo que haceis á escondidas; sois sólo una diestra engañadora y una linda hipócrita.» Liduvina sólo respondía con su heroica dulzura, y esta información del vulgo duró por mucho

tiempo, concluyendo como la precedente, por el homenaje mas glorioso.

Todos, hasta el mismo Cura, tendieron lazos á la virgen, y hasta su confesor llegó á ocultarse furtivamente para juzgar á su penitente por sus propios ojos.

Finalmente, la ciudad entera se conmovió, y quiso cerciorarse de tan maravilloso estado, nombrando al efecto una comisión compuesta de los hombres mas honrados de Squidam. El examen fué severo, y el resultado, un brillante triunfo para la verdad. Esto se encuentra consignado en una acta oficial guardada en los archivos de la ciudad, y que aun subsiste, con fecha de 21 de Julio de 1420. La abstinencia total de alimentos, las enormes pérdidas de sangre, las enfermedades sobrenaturales, todo cuanto hemos dicho de Liduvina, se proclama altamente, y nada tan imponente como este testimonio firmado por todos los magistrados de un pueblo, y publicado por todas partes á vista de los contemporáneos que habían juzgado ó que podían todavía ver y juzgar.

Vamos á transcribir aquí en compendio esta pieza de tan grande autoridad. Dice así: Nosotros, magistrados, oficiales, Burgomaestres, Regidores y Consejeros de la Ciudad de Squidam, en el Ducado de Holanda, á todos los que las presentes vieren, salud y conocimiento de la verdad:

«Persuadidos de que siempre es un derecho y muchas veces un deber el manifestar, afirmar y certificar toda evidente verdad, sobre todo cuando es en ella en donde deben resplandecer la honra y gloria de Dios;

«Nosotros manifestamos y publicamos, afirmamos y certificamos las cosas maravillosas é inauditas que se han cumplido y se cumplen aun en nuestra sobredicha ciudad, en la persona de la virgen Liduvina, hija

de Pedro. Afirmamos pues, y certificamos por este escrito: 1º, que hace veinte años que la dicha Liduvina está recostada en su lecho padeciendo horribles tormentos; 2º, que durante los tres primeros años de su enfermedad no tomó por todo alimento mas que un poquito de manzana cocida, y muy pocas veces un bocado de pan mojado en leche; 3º, que durante los tres años siguientes, se ha limitado á una poca de agua teñida de vino con un poco de azúcar ó canela; 4º, que, al fin, después, y hace siete años no ha tomado ni toma absolutamente ningún alimento ni ninguna bebida; 5º, que en el transcurso de estos veinte y tres años, y solamente al principio ha dormido apenas el tiempo de dos noches; 6º, que han sacado de su cuerpo una parte de sus intestinos; 7º, que está llena de horrosas llagas en las que se multiplican los gusanos sin que se exhale de ellas ningún olor desagradable; 8º, que en tiempo en que podía aun moverse, era necesario ligar los miembros de su cuerpo para impedir que se separasen; 9º, que hace siete años que está recostada sobre la espalda, inmóvil como un cadáver; 10º, que pierde frecuentemente gran cantidad de sangre por la nariz, la boca, oídos y ojos, lo cual que es inexplicable, pues que no toma ningún alimento; 11º, que de tres en tres días la ataca una fiebre atroz que comienza con un calor intolerable, y termina con frio glacial, y que siempre al terminar, deja á la paciente por diez ó doce horas casi sin vida; 12º, que su vientre está de tal modo desbaratado por la putrefacción que es preciso hacer uso de una almohada para retenerle las entrañas, etc., etc.

«En testimonio de lo cual nosotros los Magistrados de Squidam, bien informados y testigos oculares, hemos escrito las presentes.

"Hecho, firmado y sellado con nuestro sello en Squidam á los 21 de Julio, del año del Señor 1420."
— Siguen las firmas.

Dejemos pasar tranquilamente los malos juicios de los hombres; que un dia ú otro se levantará la verdad como el sol del Señor!

CAPITULO VII.

NUEVAS PRUEBAS.

Sensible muerte de la madre de Liduvina.—La virgen aumenta su fervor.—El cilicio, un lecho de paja, un invierno terrible.—Al anciano Pedro hiélasele un pie.—El conde de Holanda le señala una pensión de doce escudos.—El lecho de paja se quema.

EN medio de tantos sufrimientos de todas clases, á lo menos Liduvina contaba con su madre; Petronila estaba cerca de ella á su cabecera, prodigándole los cuidados mas afectuosos, de dia y de noche. Y es cosa bien sabida que no hay otra mano tan lijera y tan suave para curar las llagas y para embalsamar los dolores, como la mano de una madre!

Mas Petronila habia llegado ya á una edad avanzada, y sus fuerzas disminuian de dia en dia. Llegó la hora en que ya no pudo sobreponerse, y fué necesario ceder y caer postrada en el lecho, cerca de Liduvina. El momento supremo habia llegado para la buena mujer!

Ya hemos dicho en otra parte, que Petronila era una digna y piadosa matrona, cuya vida entera habia sido una vida de fé seria y activa, y por consiguiente de honor cristiano y de santa resignación. Mas al frente de la muerte y al dintel de la eternidad, cuando el alma comienza á entrever al soberano Juez, ¿quién se siente bastante fuerte, bastante puro para resistir sus miradas sin sentir el no haber vivido mejor? Petronila estaba llena de temores, pues la humilde mujer se reprochaba las vanidades de su juventud y algunas otras faltas; acusábase sobre todo de haber perdido ó empleado mal el tiempo tan precioso; y un dia que estos recuerdos affigian mas vivamente su alma, no pudo dejar de ponerse á llorar. "Oh! decía sollozando: yo voy á morir, y Dios me es testigo de que no tengo ningún apego á esta vida; pero el morir con tantas faltas y sin ningún mérito que presentar á mi Juez, esto es en verdad lo que me espanta." Después, haciendo un esfuerzo para levantarse en su lecho, y volviéndose hácia su hija: "oh mi amada Liduvina, le decía la pobre mujer con voz desgarradora, oh hija mia, oh tú á quien he dado la vida y alimentado con tanto amor en mi regazo, ¿no intercederás tú por mí? oh sí! prométeme que intercederás en mi favor, y entonces moriré llena de alegría!"

Liduvina lloraba al oír hablar así á su madre, su corazón estaba lleno de compasión, y los sollozos le impedían responder; mas no obstante, logrando dominarse, exclamó: "sí, madre mia, sí, yo os lo juro, que haré con gusto todo lo que me pidieréis; mas os suplico que no os alarmeis tanto: acordaos que Jesucristo es ménos nuestro juez que nuestro dulce y misericordioso Salvador, á quien la confianza honra y ante el cual una lágrima de arrepentimiento todo lo borra!"